

La flor del agapanto.

Fernando Suárez

Palabras de presentación:
por Xulio Concepción Suárez,
martes 2 de mayo de 2023, 18:30
Club_Prensa_Asturiana
C/ Leopoldo Calvo-Sotelo, 7, Oviedo



"Escribir es vivir... El acto de creación de una obra está imbricado en la vida de un escritor como la raíz de un árbol en la tierra de donde nace... Y cuando digo que la vida y la obra están entremezcladas es porque hacer y hacerse son las dos caras de una misma moneda. Hacer y hacerse. Vida y obra".
(José Luis Sampedro).

1. Una didáctica muy creativa: toda una vida traducida a un estilo literario.

Ciertamente, podríamos resumir la creación literaria del autor con las palabras de J. L. Sampedro: *Escribir es vivir, hacer y hacerse, vida y obra...* Pues, de la lectura del libro ya vamos intuyendo desde las primeras páginas aquella idea creativa del autor, muy oportuna en estos tiempos: la de traducir a palabras toda una vida personal recreada en la retina desde su infancia más inquieta en su pueblo rural, hasta su retiro en Fontana (supuesto Oviedo), ya bastante más sosegado con la edad. Y así recuerda Celso en su capítulo *Tiempo de júbilo* (418):

"Ya en Fontana, [Celso] paseó lento por sus calles. La veía hermosa y la sentía entrañable. Le admiraba su paz y su limpieza. Disfrutaba de la belleza de sus edificios históricos y de sus pequeñas plazas. Sentado sobre las piedras de Foncalada, mientras la gente deambulaba por sus inmediaciones, sentía conectar con su historia milenaria".

Al caminar sobre las páginas de la novela tras los pasos casi universales del autor, da la impresión de que seguimos a un escritor que siempre fundió las peripecias de su vida con la necesidad de escribir. Tal vez en aquella idea parecida de Orhan Pamuk:

"Algunos escritores tienen un mundo que expresar. Otros lo que hacen es proteger su vida con la escritura... Para mí la escritura es una forma de terapia y necesito escribir cada día".

Con toda una arraigada tradición de escritores detrás

Y, así, ya desde el prólogo de la novela, se preocupa bien el autor de aclarar al lector los caminos recorridos en la vida, traducidos ahora a las peripecias de una novela: una historia nunca escrita, que ya no se borrará en delante de la retina de quien las lea. Un paisaje literario de esa intrahistoria privada que se extiende desde un rincón rural hasta la misma ciudad ovetense. Tal vez, el autor estuviera pensando en aquellas palabras de García Márquez sobre la idea de escribir también:

"La realidad es mejor escritor que nosotros. Nuestro destino, y tal vez nuestra gloria, es tratar de imitarla con humildad, y lo mejor que nos sea posible" (Gabriel García Márquez).

Se podría hasta suponer en el autor esa tendencia tan de moda y oportuna que hoy encontramos en expresiones diversas: la escritura terapéutica, la terapia de la escritura, la función terapéutica de la escritura, y similares. La técnica es antigua: pues, en realidad, una buena mayoría de escritores clásicos no hicieron otra cosa que escribir para realizarse a sí mismos de alguna forma también en lo posible.

Ese realismo mágico que llegó a nuestros días transformado, pero ya desde tiempos medievales. Pues, en realidad, qué hicieron si no, Berceo, Jorge Manrique, Cervantes, Bécquer, Pardo Bazán, Rosalía de Castro, Juan Ramón Jiménez, Machado, Baroja, Unamuno, Carmen Laforet, Blas de Otero, Delibes, Saramago, Juan Rulfo, García Márquez...

Como tantos escritores consagrados manifestaron en la tradición literaria, siempre más o menos autobiográfica

La lista sería interminable, pero en realidad, se podría resumir este tipo de literatura como pura creación y recreación mágica mediante la palabra, individual y social a la vez: esa palabra salvadora a su modo y en cada caso, para menores, medianos o mayores, lo mismo da... Una técnica, por tanto, tan antigua como novedosa: la creación literaria en sus distintos estilos, épocas, modas..., de tiempo en tiempo. Como los famosos diarios de los años sesenta, setenta...

El mismo Fernando lo advierte al lector desde las primeras páginas, en la memoria el protagonista Celso:

"... los catorce primeros años de su vida habían sido una etapa de la que siempre quiso huir, pues solo la imaginación le había salvado del llanto y la tristeza [...]. En vísperas de cumplir los ochenta, Celso decidió celebrar tan rimbombante aniversario retornando a su pueblo natal: quería pasar revista al tiempo vivido allí [...]" (p. 15)

Esa perspectiva renovadora, placentera, reparadora..., de su recreación literaria, late ya en todo el discurso literario desde esas primeras páginas tan didácticas para el lector:

“Sentado junto a la fuente [...] pensó que, como él, el agapanto seguía manifestando el gozo de vivir más allá de su propio tiempo. Más sereno, fue aquietando el ánimo al recordar que el hombre no alcanza sosiego sin firmar antes la paz con las fuerzas disgregadoras que habitan en su alma [...]. Tan así le fueron las cosas que juró rescatar del olvido al pueblo de su infancia, pues el pasado solo existe cuando conservamos su memoria” (16).

Como percibimos desde las primeras páginas de la novela esa necesidad de escribir, contar de forma inteligente la trayectoria de toda una vida intensa en cada tiempo. Muy expresivo Miguel Hernández:

"Si me faltara la tinta
con sangre escribiré,
y encima de mis huesos
si me faltara el papel "
(Miguel Hernández).

2. Recursos técnicos al alcance de una inmensa mayoría hoy: ese paisaje exterior y ese paisaje interior que siempre llevamos dentro.

Otra nota muy llamativa va surgiendo en la lectura de estas páginas: la sencillez que supone escribir hoy de lo que sea, con tantos recursos digitales al alcance ya de la mayoría; simplemente, escribir sobre lo que tenemos al lado, al alcance de la vista, del oído, del tacto, del sabor de los productos con los que nos vamos topando de paso por tantos paisajes, mundo adelante.

Simplemente, escribir, describir, narrar, contar..., con palabras propias lo que observamos del paisaje exterior, combinado con el otro paisaje interior que fuimos construyendo, dibujando, grabando en la retina y en la memoria desde el día de nacer. Y ese recurso sí que está al alcance de cualquiera; a todo más, si no queremos que asome demasiado la persona, el protagonista, sólo tenemos que recurrir al truco del propio autor: mi vida con el nombre de otro.

La técnica literaria es muy antigua, por supuesto: cambiar los nombres de los protagonistas, llamar a los pueblos de otra manera, inventarse nombres de protagonistas o nombres geográficos para evitar intimidaciones, si acaso; y, sobre todo, para despersonalizar protagonismos y posibles alusiones mal interpretadas. Con cambiar espacios y personas, la realidad se transforma en virtual: el realismo mágico, tan local como universal al tiempo.

Un recurso tan sencillo al alcance de cualquiera, pues, en realidad, todos tenemos una historia que contar: nuestra propia vida, que bien conocemos, simplemente contada como si fuéramos otros u otras. Ese paisaje que todos llevamos dentro desde el día de nacer. En palabras de Julio Llamazares:

"Me encuentro con el paisaje. Como hay un idioma materno que te enseña a nombrar las cosas, hay un paisaje materno, con el que aprendes a ver el mundo. Luego conoces más lenguas y más paisajes y pueden ser más bonitos, pero ninguno te parece mejor. Éste es el espejo en el que me empecé a mirar cuando era pequeño". (Julio Llamazares).

3. Una lectura personal del autor, mucho más allá de estas montañas

Tras los pasos de Celso por los paisajes que va recorriendo por distintas regiones y países, llegamos a la imagen virtual de un viajero con una vida intensa, convertido en ciudadano universal, al modo que define Nuccio Ordine en *Los hombres no son islas* (23):

"Todo lo que se hace por los demás se hace también por uno mismo. Por eso, concentrarse sólo en el propio "yo" o sentirse ciudadano de "una isla" es poca cosa y pura miseria. Pensarse "ciudadano del mundo", en cambio, dilata más allá de toda medida nuestros confines: transforma a la humanidad entera en una comunidad única y nuestro planeta en una patria inmensa".

Y, así, desde su infancia más temprana en La Pondal, Trasmonte, Pando-rao y toda la redonda, Celso se va exiliando de forma progresiva hacia las murallas monacales de Siro, a San Glorio, a Fontana...; o a Castilla, que siempre recordará como extensión de su alma inquieta y abierta a horizontes bastante más abiertos y lejanos (168):

"Tierra de tierra y de rastrojos. "Castilla miserable" y Celso recordó los versos de Machado". Sin embargo, aquella tierra y aquel paisaje terminaron siendo amados por él durante el resto de su vida: la tierra de horizonte ilimitado, de atmósfera transparente, de líneas horizontales, de colores integrados; aunque, llegado el invierno, pareciera un inmenso y pardo sayal de franciscano".

Aventuras y desventuras en sucesivos espacios y tiempos

Las peripecias de Celso, más bien filosóficas ahora, continúan por los noviciados de Peñas Blancas, por la misma ciudad madrileña o hasta las aulas filosófico-teológicas de Salamanca; todas ellas ya van marcando intensamente su razonamiento crítico frente a las posiciones tomistas de una

Iglesia que, ya a duras penas, “intentaba hacer razonable el contenido de la fe” (222).

Pues la preocupación del joven filósofo por los renovados aires conciliares que asomaban en la misma Iglesia, marcan ya definitivamente los nuevos caminos de Celso: el hombre moderno, la dignidad humana, la libertad individual y social, que late en toda la novela en adelante.

Tras muchas aventuras, y algunas desventuras, por otras ciudades peninsulares, la inquietud religiosa, y siempre renovadora de Celso, le lleva por otros escenarios europeos: Roma, Florencia, París, Berlín..., que siempre recordará como otra forma de extender y arraigar sus convicciones culturales sin fronteras, humanitarias, artísticas..., frente a cualquier atisbo de injusticia, crimen y represión social:

“Pero a Celso le vino a la memoria la terrible historia del nazismo, con sus campos de exterminio y toda su barbarie, y de repente rompió a llorar cayendo en un estado compulsivo... Intentando desahogarse, Celso fue narrando a Leonor lo sucedido en el campo de exterminio de Auschwitz, con sus 1 100 000 judíos gaseados. En Mauthausen, donde habían sido asesinadas las clases altas del pueblo judío y miembros reconocidos de la sociedad intelectual; también aquí habían sido confinados más de siete mil españoles exiliados en Francia tras la Guerra Civil” (373 s).

4. Siempre con los cinco sentidos en la andadura de la vida

Es decir, la mirada de la infancia, la música de los coros, el aroma de las flores, la fría soledad de un monasterio, el sabor de los manjares de cada tierra, la escucha siempre atenta en la comunicación social, la voz femenina que acompaña la andadura de los protagonistas de la novela.

Pues otra nota va tejiendo las páginas que preside el agapanto: el mosaico de sensaciones que va experimentando Chelsi desde bien niño en su pueblo de Pandorao: los aromas de la yerba en verano, los sabores de los frutos maduros en otoño, los colores otoñales del arbolado, los griteríos en los juegos infantiles por las caleyas; o el tacto invernal de la única escuela posible en aquellos tiempos: sin calefacción en invierno, sin jarabes ni aspirinas para los resfriados, sin servicios higiénicos siquiera en el recinto de aquellas precarias escuelas rurales de antaño.

Muchas páginas y páginas del relato van esparciendo las notas más sonoras que seguirán resonando en el protagonista a lo largo de su vida:

“El reino de la música... La música era lo único que sacaba a Chelsi de su mundo imaginario y que tenía la capacidad de arrojar su alma llevándola a grandes emociones. Nora le decía que la música

era un don divino, pero él no entendía qué significaba eso. Entonces su tía le contó un cuento que jamás se borraría de su memoria” (103).

Porque la música, como la pintura, serán los recursos que acompañarán a Celso desde la infancia hasta los años más sosegados de su retiro en la jubilación profesional de Fontana:

“En la mañana del 24 de diciembre, Celso encendió su aparato reproductor de música y bailó en la sala de estar hasta media tarde... Muy cansado, terminó sudando y agotado. Entonces se tiró sobre el sofá, echó una manta por encima de su cuerpo y cuando despertó ya era noche avanzada, cayendo en la cuenta de que era Nochebuena. Sintió sed y bebió media botella de té. Puso la televisión a funcionar y no encontró en ella otra cosa que tonterías. Entonces se enfundó un abrigo, ciñó un sombrero y decidió ir a misa de gallo a la catedral” (433).

El placer de los sentidos, una vez más

En definitiva, porque la vida de Celso había recorrido un largo camino desde su infancia en Pandorao hasta el retiro en Fontana, siempre disfrutando el paisaje de los sentidos al completo; gracias a ellos, había conseguido llegar al buen puerto deseado: estaba satisfecho de sus enseñanzas y aprendizajes con los estudiantes del bachillerato; seguía con salud aceptable para la edad, vivía de forma holgada en una ciudad pequeña con abundantes actividades culturales; hasta se comunicaba en las redes sociales que lo ponían en contacto con una sociedad ya digitalizada y universal.

Pero, sobre todo, en su sosegado retiro urbano, podía Celso seguir escribiendo, pintando, escuchando la música que le había obsesionado desde niño. El sosiego dorado con todos los sentidos físicos, sociales y espirituales a la vez. Así era su filosofía de la vida, siempre a una sabia distancia muy estoica entre él y las cosas, con sus recursos más vitales: compartir, escuchar, escribir, pintar... Se diría que el autor pasa por la vida caminando como le aconsejaría Pedro Salinas:

“Tú vives siempre en tus actos.
Con la punta de los dedos
pulsas el mundo, le arrancas
auroras, triunfos, colores,
alegrías: es tu música.
La vida es lo que tocas”.
(Pedro Salinas).

5. El sentimiento de libertad: la búsqueda del progreso personal, religioso, social, institucional...

La vida de Chelsi en un pueblo rural de posguerra representa toda la historia personal de tantos adultos hoy, que hubieron de buscarse la vida sin más recursos que su inteligencia social y su capacidad para enfrentarse a las dificultades diarias de la época: verdaderos héroes pegados a los trabajos de la tierra, al pastoreo del ganado en aquella soledad infantil por los montes; al esfuerzo físico, a la represión política vigente, a la falta de afectos familiares con tantos trabajos y penurias de los padres menos privilegiados:

“Chelsi se había convertido en un adolescente típico de posguerra, compartiendo con los chicos de su edad artimañas y estrategias para sobrevivir en aquel mundo despiadado, pero era singular por la percepción mágica de la realidad. Aquella cohorte de niños, todos nacidos en torno a la Guerra Civil, era transgresora de normas y asaltaba cuanto le pudiera proporcionar algún beneficio o escape. La necesidad de subsistir los había hecho espabilados y agudos; buscadores de espacios de libertad frente a las reglas de juego de los mayores... Sin embargo, penurias, trabajos, desarraigos afectivos y escasez de bienes necesarios no hicieron de ellos adultos resentidos ni revanchistas, sino valientes luchadores por un mundo más rico y libre, celebrando el mayor bienestar y libertad de sus hijos” (138 s).

6. La reflexión filosófica de un catedrático de a pie, dentro y fuera de las aulas: la ayuda, la autoayuda, el coach, el couching, el influencer (que también se dice ahora).

Desde las primeras páginas hasta las últimas de la novela, se diría que fluctúa otra nota distintiva de por vida en el autor: el cambio constante, la renovación personal en cada etapa de su vida, la crítica sin ira de ideologías y doctrinas ya desfasadas; el camino soñado hacia una nueva tierra, aunque nadie se la hubiera prometido. La duda existencial -religiosa, filosófica, ética, social, institucional...-, en las encrucijadas a la hora de tomar la dirección y el sentido adecuados en adelante.

Y, así, entre la fe religiosa, el dogma y la razón, Celso se fue decidiendo siempre por la libertad, hacerse dueño de su propia vida en cada momento crítico de existencia. Así fue vislumbrando de lejos los caminos universitarios que le llevaron a la profesión de su vida: las aulas, la enseñanza, el aprendizaje compartido con sus alumnos; un aprendizaje al es-

tilo de las teorías pedagógicas más de moda en el milenio (por otra parte, teorías muy antiguas de paso):

“Desde su llegada a Fontana, Celso invirtió gran parte de su tiempo en buscar trabajo [...]. Decía querer nacer de nuevo en su tierra, pero ahora consciente y libre. Alguien del entorno de sus amistades presentó su currículum en la Delegación del Ministerio de Educación y, cuando ya preparaba las maletas para viajar a Canarias, fue llamado para ocupar una plaza de interino en el instituto de Amandi. Además de clase de Filosofía, impartía Latín a los cursos superiores [...]. Entretanto, Celso, sentado en la mesa profesoral, tenía la sensación de haber nacido a una nueva vida [...]. ¡Qué victoria tan grande sobre sí mismo!” (287 s).

Enseñar y aprender: compartir en las aulas como solución también

La vida por las aulas luego, ya como catedrático de Geografía e Historia, fue llenando a Celso de satisfacciones personales, profesionales, sociales: disfrutaba como profesor joven respetado por los alumnos; vestía de manera informal con aires juveniles, se relacionaba con otros muchos profesores del entorno educativo, con los que intercambiaba conocimientos y estancias más allá de nuestras fronteras regionales. Disfrutó siempre adaptado al contorno de los claustros y de los alumnos en torno a las aulas:

“En marcha el curso [...], Celso les habló de su periplo vital de manera muy somera y a todos sorprendió que se hubiera instalado en la torre de Cuevas del Mar. Todos interinos, la situación administrativa y profesional de Celso les parecía privilegiada [...]. Celso tuvo el detalle de pagar la consumición diciéndoles que quería celebrar su encuentro con ellos, aunque su objetivo primero fuera la captación de su benevolencia [...].

Como buscó el catedrático enseguida un contacto social con los vecinos del barrio donde le tocó vivir, con los que aprendía del entorno del pueblo, conversaba con ellos, procuraba aliviar en lo posible la soledad propia y ajena en los pueblos rurales, la melancolía en unos habitantes en tiempos de cambios y despoblamiento rural también:

“Instalado en la Torre, [Celso] buscó la cercanía de sus vecinos y pronto conectó con Antón, un hombre amante de la amistad, la conversación y el discurrir lento de los días. En el pueblo tenía fama de sabio y le atribuían especiales dones de conocimiento y de consejo. Escuchaba amablemente a quien se le acercaba y siempre tenía una palabra discreta de orientación, sin tratar de imponer su parecer” (328).

7. Un tiempo aprovechado y al servicio de la vecindad

Porque, en realidad, Fernando reconstruye toda una vida novelada muy larga en el tiempo: la memoria del relato va desde la infancia en el pueblu de aquel pequeño Chelsi, de cuatro o cinco años, con tantos hermanos, hasta el retiro octogenario en la ciudad; y muy ancha la peripecia en el espacio: desde el reducido Pandoro hasta las numerosas ciudades europeas que fue recorriendo a lo largo de su vida.

Siempre con la misma técnica tan sencilla de escritura: el relato ininterrumpido de su vida, al estilo de aquellos *diarios* de antaño, que tanto leíamos en la infancia y adolescencia: *El Diario de Daniel*, *El Diario de Anamaría*... En realidad, al estilo de tantos novelistas, poetas..., de la historia literaria en cualquier lengua. En palabras de Julio Llamazares también:

"Todos los grandes escritores han contado mejor lo que tenían más cerca. Los novelistas rusos del s. XIX decían: 'Dame una teja de tu pueblo y te contaré cómo es el mundo'" (Julio Llamazares).

Una novela muy amena, por tanto, al servicio de su contexto social en cada tiempo: un modelo de escritura muy accesible, lo mismo como desahogo personal que con aquella idea de dejar claro que escribir no es tan difícil; sólo hace falta traducir al papel o al ordenata lo que sentimos o pensamos; usar la gramática más elemental, en aquella idea renacentista de Juan de Valdés: "*Escribo como hablo*". Y con el objetivo del Lazarillo:

"pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade y a los que no ahondaren tanto los deleyte".

Por eso podríamos deducir de la lectura del relato tan sentido que el autor aplicó bien en su vida -que se aplicó a sí mismo- tal vez algún consejo, ejercicio, actividad..., recomendada antes a sus alumnos por las aulas: "que hay que leer, que hay que escribir, que hay que practicar lo que se aprende en los libros". Pero, sobre todo, el profesor se lo aplicó a sí mismo y, a la vez, disfrutó con la escritura organizada en la libertad de estilos y formas. Como dice Jordi Sierra:

"Siempre puedes escribir para ti mismo, sin que nadie te lea, como terapia, y entonces tienes permiso para hacer lo que te dé la gana. Estás en tu derecho". (Jordi Sierra i Fabra).

8. El estilo, un lenguaje divulgativo: popular, estudiantil, profesional

La estructura del libro, el lenguaje discursivo, a medias entre la novela, la autobiografía y el ensayo, se lee bien: un prólogo muy sintético de José Espiño resume las 434 páginas que siguen (simbolismo del título, tintes

autobiográficos, recursos estilísticos, la presencia femenina, el mensaje literario); y la introducción del autor: una apertura y cierre de toda la historia novelada que ya adelanta también desde el principio toda una calculada estructura literaria muy didáctica para guía de los posibles lectores.

Por otra parte, la distribución de las acciones y los tiempos están muy visualizadas en la edición: 10 capítulos, cada uno con sus correspondientes subcapítulos entre 4 y 18, según las páginas dedicadas al desarrollo de cada uno; más un epílogo que cierra la acción y explica definitivamente el simbolismo tallado en el título de la obra. Así se establece esa tan deseable comunicación por el texto entre el autor el lector, tal vez en aquella idea ya tan consabida de que: *“la mitad de un libro es de quien lo escribe; la otra mitad de quien lo leer”*.

Estos títulos y subtítulos, calculados en el discurso, resultan muy ilustrativos para seguir el hilo narrativo con tantas aventuras y desventuras por distintas geografías peninsulares y extranjeras. Y con tantas décadas de peripecias por los escenarios de sus experiencias: pueblos, ciudades, monasterios, instituciones..., con sus nombres virtuales tantas veces.

Los espacios gráficos, tipográficos del texto -infografías, que se dicen ahora- inclinan a esa lectura relajada: tipo de letra mayor para los títulos, progresivamente menor para los subtítulos, tamaño mediano para el resto del texto, con un tipo de letra suficiente para no cansar la vista en tantas páginas que siguen (una tipografía 12 pulg, más o menos).

9. Hasta una lectura a la carta facilita la construcción novedosa del autor, al estilo más de moda: el influjo de los hábitos virtuales, hoy más difundidos en las pantallas de todos los tamaños

Destaca la técnica misma de redacción lógica del texto al estilo más sencillo, pero precisamente por ello, más trabajado para evitar confusiones, redundancias, ambigüedades: léxico fácil, muy cuidado, rico, muy variado, preciso, pero divulgativo, al alcance de cualquiera; frases más bien cortas, enlazadas, sin la complejidad que exigirían otro tipo de discursos más académicos o excétedra.

Abundancia de párrafos, también más o menos cortos, por ideas separadas, progresivas, enlazadas; conectores lógicos de un párrafo al siguiente que van facilitando al lector el flujo narrativo, discursivo, de las acciones que se van sucediendo a lo largo del capítulo, con sus paralelismos y contrastes correspondientes.

Un estilo, en definitiva, al alcance de cualquier lector: popular, culto cuando lo exigen algunos contenidos; o estudiantil, profesoral, como corresponde a la dedicación pedagógica, filosófica, universitaria..., que el

autor fue usando en su formación académica por las distintas etapas de su vida. En todo caso, un estilo que incita a la lectura, incluso por capítulos saltados. El estilo digital de los tiempos que corren.

Pues hasta se pueden seleccionar capítulos para leer a la carta: la claridad estructural del índice final hasta permite, de vez en cuando, centrarse en algunos títulos tan expresivos, antes de seguir el hilo temporal; títulos como *Nido de águilas*, *Los sabios de Pandorao*, *Chelsi va a la escuela*, *En lo alto del risco*, *Una teología arcaica*, *El adiós*, *Hacia otra ribera*, *En el otoño caen las hojas...* Y semejantes: la estructura del discurso da para una lectura a la carta también, según objetivos y tiempos disponibles para cada lector posible.

10. **Todo un paisaje que fue floreciendo en la novela al ritmo que florecían cada año los agapantos**

En fin, muchos paisajes se fueron ensamblando en las páginas tejidas por el autor con la memoria de su vida hasta la fecha: un paisaje infantil, un paisaje educativo, el paisaje rural de más de medio siglo atrás, el paisaje geográfico asturiano y al otro lado de estas reducidas montañas; o el paisaje social, psicológico, religioso, clerical, estudiantil, universitario, femenino, filosófico, teológico, político, institucional...

Porque bajo el símbolo de los floridos agapantos Fernando Suárez fue construyendo un documento escrito muy adecuado a la hora de reconstruir la evolución social de un s. XX con tantos cambios necesarios en las personas y en las instituciones. Y así se van dibujando en la retina del lector lo que era el sistema educativo en sus distintos niveles; los internados religiosos, o la vida real del clero; los dogmas desfasados de la Iglesia, las nuevas tendencias conciliares y teológicas; la renovación filosófica...

Como profesor en esa etapa octogenaria de toda una vida activa, no podía faltar, en consecuencia, su aportación a tantos problemas que se plantean hoy en este campo, con terminologías, intentos y proyectos tan novedosos: “envejecimiento activo”, “grupos de salud”, “siempre acompañados”, “rutas saludables”...; conseguir así un paisaje más placentero a los mayores del milenio: nuevas ocupaciones, ocio activo y creativo, iniciativas institucionales.

La puesta en práctica de Celso contando su experiencia sería una solución a modo de ejemplo: él se decide por escribir, pintar, escuchar música. Una etapa de la vida que, no por solitaria, la impide continuar solidario en su nueva vecindad, urbana en este caso.

A modo de conclusión: el sabio sosiego de una xubilación integradora (pasado, presente, perspectiva...)

A medida que avanza la novela, caminamos con la claridad didáctica del profesor que va cerrando el relato, pero con todos los cabos atados del principio al final; ese largo camino desde aquellas reflexiones infantiles de Chelsi en su pueblo, hasta la carta de despedida a sus alumnos, que resume sus objetivos cumplidos dentro y fuera de las aulas: el testimonio del profesor con sus acciones, marcarse objetivos en la vida, ser solidarios en la relación social... Pero lo hace, tal vez con la humildad que decía el mismo Zinedine Zidane en una entrevista:

"A veces, es mejor observar que hablar. Observar y aprender. Y una vez que sabes, entonces ya puedes tomar la palabra".

Porque la carta del profesor en la despedida a sus alumnos podría ser la carta de presentación para cualquier inicio de curso en unas aulas, o para cualquier pequeño, mediano o mayor, que quisiera seguir construyendo su vida sin que tuviera que arrepentirse después:

- "No olvides esto: solo serás feliz si logras estar allí donde te gustaría estar. En la vida todos necesitamos un sitio confortable para vivir. Lucha por conseguirlo".
- "No vayas nunca a un lugar del que no puedas volver, pues la vida es un continuo ensayo de cambios y oportunidades. No juegues a una sola carta" (391).

En fin, la carta del profesor sólo supone una etapa más en su tiempo, siempre activo hasta la fecha: no hay cese de actividad, sino una jubilación al uso más etimológico de la palabra; un paso más hacia el tiempo de júbilo -que dice él mismo-, hacia otra ribera igualmente activa, creativa, solidaria, comunicativa en el nuevo espacio y tiempo que le toca vivir:

"Por aquellos años, Celso era consciente de que, en la última etapa de su vida, se le había dado casi todo: una salud aceptable, una habitación cómoda, un ambiente cultural estimable y el disfrute de dos actividades fantásticas: escribir y pintar. Estos quehaceres eran exigentes y costosos, pero dejaban volar la imaginación y mantenían despierto el entendimiento. Así viviendo, la vida era una agradable travesía para él, desconociendo qué cosa era el aburrimiento y la vaciedad".

por Xulio Concepción Suárez